

llares Carlo lo aprovecha, logrando páginas estupendas. Lo mismo sucede cuando se ocupa de la época de Augusto, en que la poesía floreció, prevaleciendo sobre la prosa, mientras la oratoria se veía confinada a la escolástica, y en que el propio Emperador y sus ayudantes (Mecenas y Polión) practicaron la literatura o al menos estimularon su ejercicio, utilizándola incluso como instrumento para asegurar y promover la consolidación de algunos de los principios políticos que perseguían.

Los capítulos relativos a la literatura durante el primero y el segundo y tercero siglos de la Era Cristiana brindan también material propicio para resaltar las figuras y las obras principales, sin atender en exceso a la enunciación de nombres o títulos que por sí solos nada significan; pero en el capítulo que se refiere a los siglos IV y V, cuando ya la literatura latina pierde su carácter pagano para dar ocasión a la producción de los padres de la Iglesia, es tal la cantidad de autores a los que se alude, que por más que se les califica con juicios desprendidos de un conocimiento profundo de sus obras, al no poder hacerse un análisis sustancial ni una exposición general de sus características, por el hecho mismo de ser éstas muy particulares, y abundante la diversidad de géneros que cultivan sus autores, no se logra un estilo tan suelto e interesante como en los capítulos precedentes.

Millares Carlo procede en su historia de una descripción de la situación política y social, en la que tienen lugar los periodos literarios analizados, a la singularización del autor mediante su biografía y la descripción de su obra (de algunas presenta síntesis perfectamente logradas), para llegar al fin a valorarla (literaria o históricamente) y señalar sus caracteres estilísticos más distintivos. Este procedimiento, contribuye a realzar los valores didácticos de la obra de Millares, que está llamada a ser en un futuro inmediato el manual por excelencia que sirva como introducción y guía para el estudio de la literatura latina.—H. G. C.

JOHN LLOYD STEPHENS, *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatan*. Edited with an introduction and notes by Richard L. Predmore.—New Brunswick, Rutgers University Press, 1949. 2 vols.

“Quizá el más interesante libro de viajes que se ha publicado”, dijo Edgar Allan Poe en *Graham Magazine* (dato que proporciona V. W. Von Hagen en *Maya Explorer*), al referirse a este libro de Stephens, el gran viajero-diplomático norteamericano que sigue siendo leído y gustado por inúmeros lectores. He leído el libro en que Von Hagen (1947) reconstruye la vida de Stephens, y no creo que le haya aplicado bien el epíteto, porque Stephens no era maya; sin embargo,

su libro nos da noticias novísimas sobre quien, siendo abogado, prefirió ser poeta, mejor dicho humanista de la más pura tradición. “Biografía entusiasta”, dice Richard Predmore en el prefacio de la última edición en inglés del clásico libro. Según Predmore, éste debería “encontrar un sitio entre los libros selectos de la literatura de los Estados Unidos”; y dice muy bien; porque no sólo está ese juicio ratificado por las ediciones que alcanza hasta hoy, sino porque quien tenga conocimientos generales sobre el hemisferio colombino, estará de acuerdo en que el de Stephens, como el de Humboldt sobre México, es uno de los libros de belleza primaria que leyó antes de venir a América.

John Lloyd Stephens acaso no se imaginó que sus emociones de viaje —reconstruidas indudablemente sobre apuntes cuidadosos— le darían una popularidad tan envidiable, y conste que entre sus contemporáneos viajeros que escribieron libros figura nada menos que Washington Irving, y un poco más acá George Ephraim Squier, el gran amigo de Centro-América que debería ser conocido más a fondo, y sobre quien prepara otro libro Von Hagen.

Stephens era un mago, por su imaginación, por su capacidad para revivir escenas, paisajes y trasmundos. Su libro tiene el encanto de una novela, con escenario en las bárbaras selvas tropicales, en que los dioses siguen disputando los pedestales a los hombres de barro que se creen eternos. Viajero iluminado e iluminante, eso fué Stephens, y es lo que ha comprobado Predmore al repasar esas páginas de color fascinante, de entrañable hermosura, bañadas por el sol que enamora los frutos melíferos y corona con su fuego las mitologías que están en pie, que lo estarán mientras el maíz y el venado saluden la gloria de las estaciones y el trópico sea el tesoro de la esperanza.

(Para comprender mejor la hazaña que Stephens pudo realizar en una época en que las comunicaciones por mar y tierra eran difícilísimas entre los Estados Unidos y Centro-América, bastará saber que el Encargado de Negocios de U. S. A., Mr. Charles G. De Witt, tomó pasaje en Nueva York para dirigirse a Valparaíso, Lima y Centro-América; y que tuvo que modificar ese itinerario gracias a una inesperada facilidad, que le permitió salir hacia el 30 de septiembre de 1833, rumbo a Kingston, a donde llegó el 16 de octubre, continuando el viaje hacia Belice, arribando el 12 de noviembre, deteriorado por grave fiebre biliosa; el 30 de noviembre se hallaba en Izabal, y hasta el 16 de diciembre no llegó a la capital de Centro-América.)

Predmore afirma que Stephens merece el epíteto de “padre de la arqueología maya”, lo cual es discutible, por-

que antes de él están la célebre carta que en el siglo XVI escribió al Rey el Oidor licenciado García de Palacio, quien visitó Copán, y después el libro de fray Diego de Landa sobre Yucatán y lo que sobre Palenque publicó en Londres en 1821 el capitán Antonio del Río. Lo que sucede es que Stephens se les puso a la vanguardia por la publicidad que logró su libro afortunado, y que bien lo merecía por el estilo cautivador, lleno de alegría, luz y novedad, y porque supo divulgarse en inglés en la grata compañía de las ilustraciones preparadas por su compañero Catherwood, quien logró rescatar para nuestro conocimiento “algunos de los edificios y monumentos que están ahora derrumbados o que se han perdido”, según afirma Predmore. Lo cierto es que la hazaña heroica de Stephens, que corre parejas con la gracia estilística de su libro, fué la de haber logrado abrir con éste la puerta a la curiosidad de innumerables estudiosos, y contribuir —según la frase de su intérprete inteligente— al “progreso de la arqueología americana ayudando a crear un interés ampliamente desarrollado” hacia una civilización que sigue siendo uno de los orgullos del hombre precolombino, un pueblo que —como Stephens recalca— “fué poblado por los salvajes” si se toma en cuenta lo que dijeron algunos historiadores de la época, pero sigue mereciendo la admiración

de los hombres de ciencia y de los viajeros sin anteojos ahumados, porque “los salvajes (son palabras de Stephens) nunca elevaron esas estructuras, los salvajes no pudieron labrar esas piedras”.

Un pionero, dice Predmore; y en verdad que eso fué Stephens. Pero podríamos añadir que tenía los pies bien clavados en la realidad y el espíritu hundido en el sueño poético, porque era un humanista que nos enseñó a comprender y degustar. Era así un arqueólogo que, sin creerse merecedor de tal rango, trazó una ruta firme hacia esos horizontes en que el arqueólogo ya no se conforma con ser espectador, sino que salta sobre las piedras y las cifras para aproximarse a la verdad y teñir con luz de sol naciente la oscuridad de los símbolos. Es esa luz, ese “espíritu viril y brillante que aquí y allá resplandece a lo largo de sus páginas” lo que más le preocupó a Stephens. Para Predmore es ésa una de sus calidades de primer orden. Su intérprete ha percibido algo más, con fina perspicacia: que sus anticipaciones sobre los mayas “han sido confirmadas por la erudición moderna”.

Predmore utilizó para esta edición la duodécima (1856), y ha sabido exornarla con algunas aclaraciones que permiten identificar algunos de los sitios geográficos a que hizo referencia Stephens. Tuvo también el buen gusto de reproducir las ilustraciones magistrales con que Catherwood embelleció el libro extraordinario. Pueden, sin embargo, señalarse algunos gazaños que merecen tomarse en cuenta: “José Dionisio de Lerda” (Cerde); Morazán no envió a su esposa y su familia a Chile (1840), sino al Perú (I: 326 y 341, respectivamente); Corinto no es Realejo, Nagsiccolo es Nacascoco, Aguisalco es Ahuisalco, en El Salvador; el coronel “Angoula” es Nicolás Angulo (II: 53 y 62), “Figuroa” es Figueroa, Sarabia era Miguel González Saravia, Coral de piedra es Corral de idem, Manuel Pabón se llamaba Manuel Francisco Pavón, Cabanes era Cabañas, el padre Zezena es decir padre Zeceña, y Coejocacán, en la geografía histórica de Cortés, indudablemente es Coyoacán (II: 381).

Todos esos errores proceden de los apuntes originales de Stephens. Por su parte, en su libro *Maya explorer* Von Hagen reproduce informaciones que no son exactas o trastrueca ortografía; por ejemplo, Juan Peñol por Piñol (p. 89); Morazán no era “un hijo de un criollo francés, nacido en Tegucigalpa en 1799”, sino hijo de un italiano de Córcega y nació en 1792 (123); “Marinas” Gálvez, es Mariano Gálvez (123); Monterosa debe ser Monterroso (126); Ranon era Rascón (130); “Chapis” es Chiapas (136); Rivera y Mistre es Rivera y Maestre (138); Lagertero es Lagartero (144); Froncoso, es claro que era Troncoso (161) y así sucesiva-

CLASICOS Y MODERNOS CREACION Y CRITICA LITERARIA

VOLUMENES PUBLICADOS

1

LITERATURA ESPAÑOLA. SIGLO XX (Segunda edición). Por Pedro Salinas, \$ 12.50.

2

PAISAJES Y LEYENDAS, TRADUCIDAS Y COSTUMBRES DE MEXICO (Segunda serie). Por Ignacio M. Altamirano, \$ 12.50.

3

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Primera parte). Por José Luis Martínez, \$ 15.00.

4

LITERATURA MEXICANA SIGLO XX (Segunda parte). Guías bibliográficas. Por José Luis Martínez, \$ 10.00.

5

LITERATURA ESPAÑOLA. Hasta fines del Siglo XV. Por Agustín Millares Carlo, \$ 17.50.

DE VENTA EN LA

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

Esq. Guatemala y Argentina
México, D. F.

Solicite nuestro Boletín
Mensual “Avisos”

mente. Hay que reconocer que Von Hagen utilizó muchos papeles inéditos, revisó prensa de la época y cartas en las que aparece la amistad de Stephens con Prescott, y si sus digresiones son muchas y están mal redactadas algunas citas bibliográficas, su libro es una ventana abierta hacia un mundo al que nos asomamos hoy con intensa emoción.—RAFAEL HELIODORO VALLE.

WINSTON S. CHURCHILL, *La Segunda Guerra Mundial. La Gran Alianza*.—Tomo III.

Mr. Churchill continúa en este su tercer volumen de la historia de la guerra narrando los sucesos que tuvieron lugar de enero a diciembre de 1941. Este fué un año dramático. Durante la primera mitad de él, el Commonwealth se mantuvo solo contra los poderosos embates de una Alemania respaldada por una Rusia incauta y servicial. En junio, Hitler había convertido a Rusia y Tojo a los Estados Unidos en Naciones Aliadas. Pero la marea de la guerra cambió por fin y la destrucción final del nazismo fué asegurada.

Si en algunos aspectos este volumen es menos interesante que los anteriores, la razón es muy clara. Si de algún hombre puede decirse que salvó el Commonwealth, y esto es ya mucho decir, este hombre fué Winston Churchill en 1940. El timón del Estado pasó de manos inexpertas a manos expertas, de manos débiles a otras firmes; la tormenta ya había sido capeada y aunque el viaje sería todavía muy largo, la confianza había sido creada y la fe en la victoria creció más cada día.

La historia de 1941 se formó a base de esperanzas fallidas y esperanzas realizadas, de retiradas y avances (esto se palpa de la manera más notable y hablando literalmente en la campaña de Libia), con estrategias frus-

tradas, pero con un progreso definido e inequívoco registrado alrededor del mes de diciembre. Desde entonces hubo menos drama y menos catástrofes que en 1940 y Churchill ya no estuvo solo en la primera fila de la escena. Stalin, inescrutable entonces como ahora, figuró a su lado. Roosevelt, que había prestado servicios inestimables a la Gran Bretaña mientras América fué neutral, proclamó la histórica Alianza al mundo, cuando se encontró por primera vez con el Premier inglés en la Bahía de Placencia en Terranova en el mes de agosto y junto con él redactó ese credo de desafío de todas las naciones libres conocido como la Carta del Atlántico. Desde ese momento el curso general de la guerra es un tema familiar a todos. Mr. Churchill no nos hace notables revelaciones. El valor de este libro reside principalmente en la personalidad única de su autor y en las oportunidades también únicas que él gozó supervisando y dirigiendo la sucesión de eventos tan terribles.

Nada es más instructivo que su manera de juzgar a los hombres y el juicio que hace de José Stalin es una muestra de ello. El veredicto es sumario: "Por lo que toca a la política, previsión, estrategia y competencia en arbitrajes, Stalin y sus comisarios se han revelado en este momento como los tramposos más listos de la Segunda Guerra Mundial."

Esto fué al comienzo de 1941. Para el fin de marzo Mr. Churchill está convencido de que Hitler intenta declarar la guerra a Rusia. El Comité Mixto de la Inteligencia Británica tenía información definitiva al respecto, hacia el 7 de abril. Apenas cuatro días antes de esta fecha el Primer Ministro había enviado a Sir Stafford Cripps, entonces Embajador en Moscú, un mensaje de aviso el cual debía ser entregado personalmente a Stalin. Esto fué el 3 de abril. El 12 del mismo mes Sir Stafford Cripps cablegrafiaba razones que a su juicio eran suficientes para no entregar el mensaje. El día 16 el Primer Ministro urgió su entrega. El 19, Sir Stafford Cripps dió el mensaje a Vishinsky. El 22, Vishinsky escribió haber hecho entrega de él a Stalin. El comentario general de Mr. Churchill fué el siguiente: "Es muy difícil formar un juicio definido con respecto a si la entrega pronta del mensaje hubiese podido alterar el curso de los acontecimientos. Sin embargo, yo todavía lamento que mis instrucciones no se hayan llevado a cabo con toda la prontitud ordenada. Si yo hubiera tenido algún contacto directo con Stalin tal vez hubiese podido prevenirlo evitando así que tan grande cantidad de su Fuerza Aérea haya sido destruída en tierra. ¿Quién podría decirlo? Pero cuando menos de una cosa estamos ciertos y es de que nada se ganó con el retraso y en cambio pudo haberse conseguido con la rapidez."

Una cosa deja muy clara Mr. Churchill y es que los rusos probaron ser unos aliados muy difíciles desde los comienzos del conflicto. El envío de aviones y tanques tanto americanos como británicos al teatro ruso de la guerra dejó en una situación muy crítica a los comandantes en el Norte del Africa y en otros varios frentes, pero a pesar de esto nunca expresaron la menor gratitud, por tanta ayuda como se les prestó. Muy por el contrario, "el Gobierno Soviet tenía la impresión de que nos hacía un gran favor con dejarnos pelear en su territorio para defender sus propias vidas y su propia patria". Y la demanda de un segundo frente comenzó antes de que Rusia hubiera estado en guerra si quiera por el espacio de un mes. Desgraciadamente Stalin no tenía la más remota idea de lo que significaba una operación anfibia, ni de que era absolutamente necesaria una completa supremacía en el aire antes de tomar siquiera en consideración semejante empresa. En septiembre cablegrafió solemnemente: "A mi me parece que la Gran Bretaña podría sin riesgo alguno desembarcar en Arcangel de veinticinco a treinta divisiones o transportarlas a través de Irán con destino hacia las regiones del sur de la U. R. S. S." Pedir esto en los momentos en que una división, la quinta, había sido enviada con grandes dificultades al Medio Este, y otra, la octava, con todavía mayores dificultades estaba en camino de ser despachada, nos hace comprender el por qué Mr. Churchill consideraba a Rusia en las primeras fases de su beligerancia más bien un riesgo que una ventaja.

Mr. Churchill también emite algunos juicios acerca de los comandantes en los diferentes teatros de la guerra; los propios juicios pasarán a su debido tiempo por el juicio final de la historia. Aquí Wavell es alabado, más allá es objeto de crítica. Creta estaba comprendida dentro de la vasta órbita de su mando y Churchill, escribiendo (esto no se debe olvidar) más como Ministro de la Defensa que como Primer Ministro, expresa su estupefacción por el hecho de que los trabajos de fortificación para hacerla una base naval segura se hayan retrasado con resultados tan desastrosos. Wavell se opuso a la idea de distraer hombres y cañones de Palestina para enviarlos a Irán con el objeto de sofocar la revuelta de Rashid Ali; esto le fué negado por el Estado Mayor, con el resultado de que Habanniya fué liberada y todo el Iraq fué desde ese momento territorio seguro para los aliados. Pero Wavell, como el mismo Churchill reconoce más adelante, llevaba sobre sus hombros un peso demasiado grande para cualquier ser humano.

A pesar de los reveses en Libia que impedían conseguir el mando en el Mediterráneo e indirectamente obli-

garon a posponer la apertura de un segundo frente en Francia hasta 1944, a pesar de los aplastantes desastres sufridos en una época por la flota del Mediterráneo, a pesar del temor que inspiraba el poderío del "Bismarck" y del "Tirpitz" juntos en el mar, el año de 1941 terminó con muchas más esperanzas que como había comenzado.

América ya había entrado a la guerra y las relaciones que ya se habían establecido entre el Presidente y el Primer Ministro eran en sí mismas un fuerte cimient. Más aún, España permanecía fuera del conflicto, y lo que es más, nunca entró en él. El temor de la entrada de España a la guerra se hubiera evitado si se hubiese podido conocer el despacho que Hitler envió a Mussolini el último día del año 1940: "España ha rehusado colaborar con los poderes del Eje; yo lamento todo esto, porque por lo que toca a nosotros, ya habíamos completado todos nuestros preparativos para cruzar la frontera de España el 10 de enero y atacar Gibraltar en los primeros días de febrero." La frontera no fué cruzada y Gibraltar no fué nunca atacada. Por consiguiente, la entrada del Mediterráneo nunca se cerró.

Así terminó 1941. El día de Navidad se vió al Presidente y al Primer Ministro juntos en la iglesia de Washington. "Hallé paz en el servicio tan sencillo y disfruté mucho cantando los himnos tan conocidos y uno llamado *Oh pequeño pueblito de Belén*, el cual nunca había oído." Paz en todo su significado estaba todavía distante, pero ya era seguro que sería paz con victoria y esto se debería a los esfuerzos de nadie más que de aquel guerrero indomable de Downing Street y por ningún otro evento más efectivo que la conclusión de la Gran Alianza que forma el título de este volumen.

Biblioteca Mexicana

1. ENRIQUE F. GUAL. *Repertorio de Capiteles Mexicanos*. Prólogo de Salvador Toscano, con 64 ilustraciones, \$ 15.00.
2. ARTEMIO DE VALLE-ARIZPE. *La Guerra Rodríguez*. 4ª edición, \$ 15.00.
3. ANDRES SERRA ROJAS. *Antología de la Elocuencia Mexicana*. 1900-1950, \$ 15.00.
4. OSWALDO ROBLES. *Filósofos Mexicanos del siglo XVI*. Con 16 grabados, \$ 20.00.
- 5-6. ALBERTO J. PANI. *Apuntes autobiográficos*. 2 tomos.
7. EDUARDO J. CORREA. *Biografía de Mons. Rafael Guizar Valencia, "El Obispo Santo"*, \$ 12.00.

EN PREPARACION

Obras de Agustín Millares Carlo, José María González de Mendoza, etc.

**LIBRERIA DE
MANUEL PORRUA**

5 de Mayo, 49-6. MEXICO, D. F.

ULTIMAS NOVEDADES DE LA EDITORIAL "JUS"

LA TECNICA DE LOS COMPOSITORES, por Miguel Bernal Jiménez, quien pone en esta obra, al alcance de todos, su gran labor pedagógico-musical. 3 tomos con 320 pp. de lecciones, 306 de ejercicios y el 3er. tomo dedicado a borradores. Miden 32 x 22.5 cm., \$ 130.00.

LA PINTURA MURAL DE ATOTONILCO, Gto., por el Pbro. José Mercadillo Miranda. Edición bilingüe: inglés-castellano. Versión inglesa de Gladys J. Bonfiglio B. A. M. A. de la Sorbona. 225 pp. con 91 grabados. Mide 28 x 21 cm., \$ 40.00.

MEXICO, TIERRA DE VOLCANES, por Monseñor J. H. Schlarman, Obispo de Peoria. Genial visión de México y sus problemas pasados y presentes y un certero enjuiciamiento de los principales personajes de nuestra Historia, desde Hernán Cortés hasta Miguel Alemán. 728 pp. Mide 23.5 x 15 cm., \$ 30.00.

Pídalos en su librería o a la
EDITORIAL "JUS"

Mejía 19, México, D. F.
Teléfonos: 18-32-34 y 38-24-00.